

50/512 2/5/09
14E8611
RRK

LOS SANTOS

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP

LOS SANTOS

PERSONAJES

TENIENTE	EL MAESTRO de escuela
SARGENTO OROZCO	TENIENTE
SOLDADOS, todos de la República	SARGENTO
MILICIANOS de la República	SOLDADOS, todos falangistas

LA MADRE, mujer de pueblo de unos cincuenta años
LA PALMITO, moza de vida alegre, pintada y desenvuelta.
Unos veinte años
LA PELONA, muchacha con el pelo cortado casi a rape,
aire tímido, modesto. Treinta años
PAULINO, mozo de pueblo de aspecto simplete
SEVERIO, artesano vestido decentemente. Unos sesenta años

La escena representa un amplio sótano de techo muy alto que se supone ser de la Colegiata del pueblo¹ de Vivanca, en Castilla la Nueva. La única entrada practicable está al lado derecho del foro, a unos tres metros del suelo y de ella se baja por una escalera adosada a la pared por un lado y con barandilla por el otro. La puerta da al exterior, al nivel de la calle. El sótano tiene dos tragaluces, uno al foro en el lado opuesto a la puerta y otro en la pared a izquierda del espectador. Por la escasa luz la escena medio en sombra. En el centro se vislumbra un montón de objetos de alturas diversas cuyas formas no pueden definirse en la penumbra. Al levantarse el telón se oyen dos o tres disparos sueltos.

ESCENA I

Se abre la puerta de² lo alto de la escalera. En la contraluz aparecen TENIENTE, SARGENTO OROZCO, el MAESTRO del pueblo, y un grupo de seis o siete soldados y milicianos de la República. Dos de ellos apuntan hacia abajo con fusiles ametralladoras, y todos se mantienen con las armas listas, a lo que ocurra.

VOCES DE SOLDADOS.— ¡Manos arriba tó el mundo!

TENIENTE.— ¡Rendirse a la República! (*Nadie contesta de abajo.*) ¿No oís? Si no contestáis os ametrallamos. (*Los rayos de dos o tres linternas eléctricas empiezan a pasarse por el sotano. Al posarse sobre el montón de objetos se ven como formas humanas.*) ¡Adelante muchachos! Precaución. ¡Al primero que se mueva, duro! (*Hacia abajo.*) Si os movéis os freímos. ¡Manos arriba! (*Empieza a bajar la escalera apuntando con su pistola. Le siguen los demás.*)

UN MILICIANO.— ¡Aquí no hay nadie!

¹ En CA, "Pueblo".

² En CA, "en".

TENIENTE.— Más luz, ¿no tenéis más luz? (*El grupo está ahora al pie de la escalera, receloso y con las armas apuntadas hacia el centro del sótano. Las linternas caen sobre los objetos agrupados en el sótano.*)

OTRO SOLDADO.— ¡Vaya si hay! ¡Mirarlos! (*Señala al grupo.*) (*Los rayos de las linternas convergen en unas formas extrañas que parecen humanas pero inmóviles.*)

TENIENTE.— ¡O os rendís o tiramos! (*La linterna cae sobre una figura inmóvil que se descubre ser una imagen de la Soledad.*) ¡Pero...! (*Se acercan más dos o tres milicianos, y se va viendo lo que compone el grupo. Es un amontonamiento de sillas, objetos de culto, cruces, casullas, y entre ellos cuatro imágenes de la Soledad, la Magdalena, San Francisco³, y San José.*)

UN SOLDADO.— (*Avanzando.*) Anda Dios. ¡Si son santos! (*Se acerca.*)

TENIENTE.— Alto, tú. ¡Cuidado! No hay que fiarse ni de los santos. (*A los de atrás.*) A ver, concentrad todas las luces y vamos a registrar, pero con cuidado. A lo mejor hay entre los santos algún condena fascista.

MILICIANO.— Lo mejor será romper las tablas de los tragaluces que están atrancaos.

TENIENTE.— ¡Rómpelas! (*El MILICIANO lo hace. Entra más luz que no llega a aclararlo todo bien, pero que permite ver lo suficiente. Se acercan todos y con los fusiles van hurgando entre el montón de objetos.*)

SARGENTO.— ¡Tener cuidado! ¡Son cosas de valor! Mi teniente, yo creo...

MILICIANO.— Teniente, ¿nos deja usted que probemos las ametralladoras en estos peleles? ¡Vaya pim pam pum⁴! Ni en la verbena. ¡En ná los dejamos sin cabeza a tós...! (*Se prepara a apuntar.*)

SARGENTO.— ¡Bárbaro!

TENIENTE.— (*Yendo hacia él.*) ¡Mucho cuidado!

SARGENTO.— ¡Teniente, estos objetos son del Tesoro Artístico Nacional⁵!

MILICIANO.— ¡Pero qué tesoro ni qué vainas⁶! ¡Son santos, santos de la iglesia! ¡O fascistas o simpatizantes!

TENIENTE.— No seas bruto. ¿Cómo van a ser fascistas unos santos de palo⁷?

³ En CA, "San Mauricio", pero más adelante Orozco lo cataloga como San Francisco, también en CA.

⁴ *pim pam pum*: voz onomatopéyica. 'Juego en el que se procura derribar a pelotazos muñecos puestos en fila' (DRAE).

⁵ La Junta de Incautación del Tesoro Artístico fue creada por un decreto del Gobierno de la República el 25 de julio de 1936. Según recuerda María Teresa León, en dicho decreto se especificaba: "Ejercerá la protección en nombre del Estado sobre toda obra, muebles e inmuebles de interés artístico, arquitectónico o bibliográfico que en razón de las circunstancias anormales se encuentre, a su juicio, en peligro de ruina, pérdida o deterioro." (*Memoria de la melancolía*, Barcelona, Bruguera, 1979, p. 98).

⁶ *ni qué vainas*: fórmula vulgar de negación reforzada.

⁷ *santos de palo*: el sintagma es bastante utilizado por los personajes dramáticos de Salinas, en distintas situaciones, pero aquí se va a llenar de transcendencia en un proceso que va aún más allá que el descrito en el poema "Santo de palo", de *Todo más claro* (PC, pp. 697-699).

MILICIANO.— Tó lo que huel a iglesia es...

TENIENTE.— A çallar. (*Al SARGENTO.*) Tú crees que estas cosas son de valor...

SARGENTO.— Yo, mi teniente, creo que lo indicao es examinarlas, y si hay caso proceder a inscribirlas en el Tesoro Artístico, según lo ordenado...

TENIENTE.— Muy bien. Tú te quedas aquí, responsable de todo, eh. Tú sabes lo que hay que hacer, ¿no?

SARGENTO.— Sí mi teniente.

TENIENTE.— (*A los otros.*) Bueno, hacer lo que sea. Y nosotros arriba al camión, a seguir a la columna⁸. En el pueblo no hay resistencia, y ya es nuestro, lo que importa es seguir el avance... ¡Hala!

SARGENTO.— Mi teniente, ¿me puede dejar a un camarada de ayudante? (*Señalando al MAESTRO.*) Éste que era el maestro del pueblo puede servirme...

TENIENTE.— Bien. Quedas a las órdenes del sargento Orozco. (*A los otros.*) Arriba.

MILICIANO.— (*Mirando a los santos.*) Misté que tenerlos aquí tós formaos y no poder soltarles ni siquiá un cargador⁹...

TENIENTE.— ¡Bárbaro! Las balas para los vivos, para los fascistas. Con ellos te puedes lucir... Éstos están muertos... No pueden hacer nada.

MILICIANO.— ¡Que no puén hacer nada! ¡Quién sabe! Yo no me fiaría... mas que sean de palo... (*Van saliendo todos. Se cierra la puerta desde fuera y se oye el ruido de un camión que arranca.*)

ESCENA II

OROZCO se aproxima al montón de objetos y empieza a mirarlos con curiosidad.

OROZCO.— ¿Y esto quién lo habrá traído aquí?

MAESTRO.— Los de la iglesia. El sacristán y el cura, de seguro. Al oír que os acercábais, como corren todos esos bulos de que nosotros quemamos las iglesias, lo pusieron a resguardo. Más vale así. (*OROZCO sigue inspeccionando.*) Mira tú el cafre¹⁰ ese lo que quería. Luego dicen que somos unos vándalos, y se deshonra la República ante el extranjero...

OROZCO.— ¿Tú llevas mucho de maestro aquí?

MAESTRO.— Tres meses nada más... Es un pueblo oscurantista¹¹. Apenas

⁸ *columna*: 'conjunto de soldados o unidades que se sitúan unos detrás de otros, cubriendo iguales frentes' (DRAE).

⁹ *cargador*: 'pieza metálica que se introduce en la culata de las pistolas automáticas y que contiene cierto número de cápsulas' (DRAE).

¹⁰ *cafre*: fig. 'bárbaro y cruel' (DRAE).

¹¹ *oscurantista*: 'partidario de la oposición sistemática a que se difunda la instrucción en las clases populares' (DRAE).

empezó la rebelión echaron mano a todos los elementos de izquierda. ¡Y no te digo!

OROZCO.— *(Sentándose en el suelo.)* ¡Si vieras en lo que estoy yo soñando desde esta mañana! Es que no puedo parar...

MAESTRO.— ¿En qué?

OROZCO.— En un pitillo... Siete horas que llevo sin fumar... A todos los que veníamos en la camioneta se nos acabó el tabaco... Esto es peor que la sed.

MAESTRO.— Camarada... te voy a decir un secreto. En cuanto los fascistas salieron del pueblo, huyendo, nos fuimos unos cuantos a la Comandancia... En el cajón de una mesa me encontré... tú verás... seis cajetillas. ¡Y de luquis¹²! ¡De los que fuman los jefes! Hice mal... yo lo sé... pero me las he guardao todas. *(Saca una.)* Toma... *(OROZCO toma un pitillo.)* No, hombre, no, te quedas con ella... Y cuando se te acabe aquí hay más.

OROZCO.— Me da no sé qué... Es abusar... Gracias, camarada. *(Enciende y empieza a fumar ávidamente. MAESTRO hace lo mismo.)* Ten mucho cuidao con que no se prenda ná de eso... *(Fumando.)* El tabaco es la alegría de la vida. Por lo menos en ciertos momentos...

MAESTRO.— Es verdad... Te has fijao que el tabaco no se pué negar a nadie. Te piden un pitillo y si lo tienes... por agarrao¹³ que seas... da vergüenza decir que no...

OROZCO.— Tienes razón. Los hombres son muy cochinos pero en eso del tabaco todavía se portan bien...

MAESTRO.— ¡Hay fraternidad! ¡Hay solidaridad social!

OROZCO.— ¿Querrás creer que hasta de una trinchera fascista nos tiraron una vez unas cajetillas? *(Mirando el montón.)* Bueno, hay, hay faena... *(Se levanta e inspecciona el montón.)* Casullas... manuscritos... y su orfebrería...

MAESTRO.— ¿Y tú, camarada, eres técnico en todo eso?

OROZCO.— Hombre, yo era archivero en la vida civil... Mi papel no es más que catalogar... y poner a salvo todos los objetos artísticos... Esto debía ser el tesoro de la iglesia...

MAESTRO.— Sí, la Colegiata tenía mucho mérito... según dicen... Yo no entiendo mucho. Se paraban muchos turistas a visitarla. ¿Y en qué te puedo yo ayudar?

OROZCO.— Pues para cada cosa hay que hacer una papeleta descriptiva... Yo iré examinando, y te dicto... ¿Tienes pluma?

¹²luquis: se refiere, claro está, a la marca de cigarrillos americanos "Lucky Strike". Ése es precisamente uno de los productos anunciados en el poema "Nocturno de los avisos", de *Todo más claro*: "¡Lucky Strike, Lucky Strike! ¡Qué refulgencia! ¡Y todo va a ser eso! ¡Un soplo entre los labios./ imitación sin canto de la música./ tránsito de humo a nada?" (PC, p. 718).

¹³agarrado: fig. y fam. 'apretado, mezquino o miserable' (DRAE).

MAESTRO.— Sí.

OROZCO.— Allí tienes las papeletas. Escribe claro, eh. *(Empieza a rondar alrededor de los objetos.)* Vamos a empezar por las imágenes. Hay un San José... flojo¹⁴... Una Dolorosa, la Magdalena parecen buenas, el San Francisco es lo mejor... Bueno, ve escribiendo... *(Dictando conforme examina la imagen y la mide con una cinta métrica que saca del bolsillo.)* Santa María Magdalena en el desierto. Talla en madera policromada. Tamaño natural. Altura, 1.35. La santa aparece de rodillas en actitud orante...

MAESTRO.— ¿Cómo?

OROZCO.— Orante... en oración. Vamos... *(Sigue.)* En la mano derecha, en alto, sostiene una cruz, en la que tiene fija la mirada y la izquierda puesta sobre el corazón... Escuela castellana, escuela de Gregorio Hernán¹⁵... *(Se oyen detonaciones lejanas.)* ¿Qué es eso? Tú no oyes...

MAESTRO.— Sí... parece como... *(Ruido de motores de camiones, que se acercan.)* Pasa algo... Voy a ver... *(Sube la escalera, a saltos, abre y sale. Se deja la puerta abierta. OROZCO se dirige sin prisa hacia el pie de la escalera. Aparece en lo alto MAESTRO, muy excitado.)* Corre, muchacho, reacción ofensiva del enemigo... Vamos de retirada, ya están encima... Aún podemos coger algún camión...

OROZCO.— No, vete tú maestro... Estoy encargado de todo esto...

MAESTRO.— ¿Estás loco? ¿Te vas a quedar aquí con los santos?

OROZCO.— Sí... Corre tú... date prisa...

MAESTRO.— *(Vacilante.)* Pero yo... *(Se oyen unas detonaciones.)*

OROZCO.— Vete, no seas idiota...

MAESTRO.— ¡Suerte, camarada! Volveremos... *(Da un paso y, de pronto, se asoma otra vez a lo alto de la escalera y arroja alguna cosa.)* Toma, ahí tienes... Te las dejo todas. *(Desaparece corriendo y da un portazo.)*

ESCENA III

OROZCO.— ¿Y qué me ha tirado? *(Empieza a buscar por el suelo. Coge una cosa.)* Anda, si son los luquis... A ver... *(Sigue buscando.)* Dos... tres... *(Conforme va recogiendo.)* Nada, las seis... Se ha quedado sin ninguna... ¡Es un buen chico! *(Se las va guardando en los bolsillos.)* ¡Vaya un banquete! De humo... Ciento veinte pitillos... pá mí solo... *(Volviéndose a los santos.)* Por-

¹⁴flojo: aquí, 'de poco valor artístico'.

¹⁵escuela de Gregorio Hernán...: Las detonaciones interrumpen la descripción de Orozco, impidiéndole completar el apellido del escultor. Éste es, sin duda, Gregorio Hernández (1576-1636), cuya magnífica producción de imaginería religiosa se conserva, principalmente, en Valladolid. Las obras producidas por su taller se extendieron por las dos Castillas, León y norte de España.

que los santos no fuman. Tengo, vamos a ver... a dos pitillos por hora... que no es mucho... sesenta horas aseguradas... El humo es lo único seguro... *(Enciende.)* Vamos con el primero de la serie... *(Fuma.)* Tiene razón... ¿Por qué me he quedado en esta ratonera...? *(Volviéndose.)* ¿Verdad que sí? Vosotros sois los encargados del sacrificio... Los técnicos... Mira que quedarme yo aquí, solito, mano a mano con cinco santos¹⁶... *(Escucha.)* No se oye nada. Soy un idiota... Todavía me puedo escapar... meterme en alguna casa... irme al campo... *(Mirando a los santos.)* ¿Qué, no hay ninguno que sea para darme¹⁷ un consejo? A ver... ¿No hay quien se compadezca de mí? Habláis tan bajo... Que no se os oye... Me acercaré un poco más. A ti, Soledad, vamos... me voy o me quedo... *(Se aproxima a la imagen y acerca el oído a su rostro. De pronto retrocede hasta llegar a la pared, andando para atrás, y mirando con expresión de terror a la imagen, sin perderla de vista. Al llegar a la pared se queda, con las manos abiertas, pegado a ella, con la misma cara de terror. En este instante, se oye ruido fuera, un coche que para, voces.)*

UNA VOZ.— ¡Todos abajo! ¡Vivos!¹⁸

(OROZCO, andando con pasos de borracho y la misma cara de susto, va al montón de objetos y se oculta, mirando a la imagen, hasta el último momento, sin perderla de vista, debajo del manto de la Virgen.)

ESCENA IV

Se abre violentamente la puerta. Aparecen en ella grupo de TENIENTE, SARGENTO Y SOLDADOS falangistas, y otro de paisanos: LA MADRE, LA PALMITO, LA PELONA, PAULINO Y SEVERIO.

UNA VOZ.— Ala p'abajo. Echar palante. *(Medio empujados por los soldados descenden la escalera los paisanos. Detrás los militares. Los paisanos se quedan formando un grupo a un lado de la escena.)*

TENIENTE.— ¡A ver si el local es seguro! *(Da una vuelta por el sótano.)* Está bien. No hay más salida. Las rejas son fuertes. *(Mirando al montón de efectos y a las imágenes.)* ¡Y esto! ¡Como siempre! ¡Arrebañando¹⁹ las alhajas de la iglesia para vendérselas al extranjero...! ¡o quemarlas! Canalla. *(Al SARGENTO.)* Hay que avisar al servicio de propaganda y fotografía. ¡Una nueva

¹⁶ cinco santos: así tanto en E como en CA, aunque en la acotación de la Esc. I se lee: "... y entre ellos cuatro imágenes...".

¹⁷ ser para: (en frase neg.) 'ser capaz de' (DRAE).

¹⁸ ¡vivos!: se trata de un cruce entre el adj. ('diligente, pronto y ágil') y la interjec. ¡vivo!, con que 'se incita a uno a que se apresure'.

¹⁹ arrebañar o rebañar: 'juntar y recoger alguna cosa sin dejar nada' (DRAE).

hazaña de los rojos²⁰! *(Volviéndose a los prisioneros.)* Mejor, buena compañía para las últimas horas, los santos. ¡Puede que alguno se arrepienta! *(Al SARGENTO.)* ¿Están todos, verdad?

SARGENTO.— Todos. Pero pasaré lista, mi teniente. *(Llamando.)* Angustias Castroviejo.

LA MADRE.— Sí señor, así es mi nombre.

SARGENTO.— *(Dando un paso hacia ella.)* Así no se contesta. Servidora de usted. Cuidado con el faltar al respeto. Ya lo sabéis. A ver, Angustias Castroviejo.

LA MADRE.— *(Con los ojos de sueño.)* Servidora de usted.

SARGENTO.— ¡Bien! Agresión a mano armada a las fuerzas del Ejército Nacional. *(Sigue.)* Severio Serrano.

SEVERIO.— Servidor.

SARGENTO.— Deserción del servicio civil frente al enemigo. *(Al TENIENTE.)* Éste es de la horca. ¡Él no la va a necesitar! Rosa Lladó, alias la Palmito.

PALMITO.— Pá servirles a ustedes.

SARGENTO.— Connivencia con el enemigo y espionaje. María del Carmen Salvador.

PELONA.— Para servir a Dios y a ustedes.

SARGENTO.— ¡A Dios! ¡No te da vergüenza nombrarle, tú que estás ocultando a rojos! *(Leyendo.)* Encubrimiento de agentes enemigos. Paulino Sotero. *(Nadie contesta.)* ¿No me oyes zopenco²¹? Un paso al frente, ¡vivo!

PAULINO.— *(Da un paso torpemente.)* Es que yo me llamo Paulino Sotero pero no soy ése que ustés dicen. Yo no he hecho ná...

SARGENTO.— Aquí no se replica.

PAULINO.— Si es que yo no soy ése...

SARGENTO.— *(Adelanta hacia él amenazador.)* Si vuelves a contestar te rompo... El Consejo que te ha condenaó sabe muy bien quién eres... *(Al TENIENTE.)* Éste es el que se hace el tonto. ¡Está tó muy gastao! ¡No cuela²²! Están todos. *(Saluda.)*

TENIENTE.— Cuidado con tocar a nada de esto... Se procurará buscaros un sacerdote. Si se puede... Si no... ¡Y quietos, eh! ¡Al primer grito se os esposa a todos! *(A los SOLDADOS.)* Vamos, muchachos.

SARGENTO.— ¿Se monta guardia al interior, mi Teniente?

TENIENTE.— No hace falta. Es seguro... Al exterior sólo... *(Van saliendo. Se cierra la puerta.)*

²⁰ rojos: 'en la última guerra civil española, llamaban así los nacionales a los partidarios de la república' (Moliner).

²¹ zopenco: fam. 'tonto y abrutado' (DRAE).

²² ¡está muy gastado (o visto) ¡No cuela!: expresiones coloquiales con las que se denota incredulidad.

ESCENA V

PALMITO.— ¡Vaya sillones! (Señala a unos cuantos sillones estilo XVIII, forrados de brocado, de la Iglesia.) Pá lo que nos queda vamos a disfrutar... (Se sienta en uno y cruza las piernas. Es joven, va vestida con blusa rosa y falda negra, con señales de coquetería y cuidado, pintada la cara.) Vamos, sentarse tó...

PELONA.— Estas²³ butacas son del templo... (Se acurruca en el suelo, contra la pared.) Yo me siento aquí...

PALMITO.— ¡Habrá tontaina! También el suelo es del templo, como tú dices... Usted agüela, y usted (Al viejo.) asiéntense. No cuesta ná... (Los dos se sientan en el borde de las sillas.) Y tú. (A PAULINO.)

PAULINO.— (Como indiferente.) Yo ya se lo he dicho a tós... Si yo no soy ése...

PALMITO.— ¿Y quién es ése?

PAULINO.— ¿Y yo qué sé? Uno que dicen que era comunista y agitador, y criminal... Pero ése no soy yo...

PELONA.— ¿Entonces por qué te han cogido?

PAULINO.— Si yo no sé ná... Que vinieron a mi casa cuatro de esos armaos y me preguntaron si yo era Paulino Sotero... Yo soy Paulino Sotero, pero yo no soy ése...

PALMITO.— ¡Y dale²⁴! ¿No sabes decir otra cosa? Sí que te habrás defendió bien...

PAULINO.— Y ellos vuelta que vuelta²⁵, que yo había estao en la Rusia y en París y que era comunista... Yo bien sabe Dios que enjamás salí del pueblo y no sé de tó eso...

PELONA.— Pero ¿por qué²⁶ no se lo has dicho a los jueces?

PAULINO.— Si no le dejan a uno hablar... Veinte veces que se los dije pero ellos me cortaban la acción, y tó se les volvía preguntarme si yo no era Paulino Sotero... ¿Les iba a negar mi nombre? Luego les dio por decir que me hacía el loco, o el tonto... También es, desgracia... que por llamarse uno como se llama... le venga encima esta ruina... Yo no he hecho ná...

LA MADRE.— ¡Ay Virgen mía! ¡Hijo de mi alma!

PALMITO.— ¿No hay ninguno que tenga un pitillo? Tengo unas ganas de fumar... Lo menos que podían hacer es darle a uno una cajetilla... No tién ni caridá de fumar...

²³ En CA. "esas".

²⁴ ¡Y dale!: interj. fam. que se emplea para reprobar con enfado la obstinación o terquedad (DRAE).

²⁵ vuelta que vuelta. locución de sentido frecuentativo.

²⁶ En CA. "¿Pero por qué...?"

OROZCO.— (Levanta las telas que le tapaban, se pone de pie y se presenta, con el dedo en la boca, imponiendo silencio.) Callar camaradas... (Todos se ponen en pie, sobresaltados. La PALMITO inicia un grito que sofoca en seguida. Mira con recelo a OROZCO. Éste le ofrece la cajetilla a PALMITO.) Toma, coge lo que quieras... (PALMITO despacio coge uno. OROZCO ofrece a los demás. Los dos hombres los toman.)

PALMITO.— ¡Y son luquis! ¿Tiés cerillas?

OROZCO.— (Las saca y se las da.) Mucho cuidado con la cerilla y con la ceniza, eh. No me vayáis a prender esto. (Señalando el montón de efectos.)

PALMITO.— Bueno, ¿y tú quién eres, se pué saber? Vaya susto que nos has dao. A mí como que se me hizo²⁷ un santo que echaba a andar...

OROZCO.— No, los santos no andan... Soy de los vuestros... sargento de la República... ¿No me veis el uniforme? (Le miran.)

PELONA.— ¿Y dónde estaba usted?

OROZCO.— Ahí debajo, escondido. Nuestras fuerzas entraron en el pueblo hace un rato, y a mí me pusieron aquí de servicio, a hacer el inventario... Y en esto, yo no sé lo que habrá pasao, por lo visto una reacción ofensiva del enemigo... Y ya están aquí otra vez... Me han pescao, como en una ratonera...

PELONA.— ¡Pero nadie sabe que está usted aquí!

OROZCO.— Bueno, como saberlo, nadie más que éstos, los santos, que no se lo van a ir a contar a nadie, creo yo... Y ahora vosotros. Yo os he oído entrar, y todo lo que ha pasado. No pensaba salir, es más seguro, pero la verdad... me ha dao lástima... Eso de no poder fumarse un pitillo... ahora... en estos momentos... Fumad lo que queráis, eh. Tengo más... Lo que siento es que ustedes no fumen. (A ANGUSTIAS y PELONA.) Si se pudiera hacer algo.

PALMITO.— Gracias, camarada. (Fuma.) ¿Hacer algo, pá qué?

OROZCO.— Para salvaros, para salvarnos...

SEVERIO.— Sálvate tú muchacho que eres joven... y tiés gana... Mira, cuando vengan a... (Vacila.) a sacarnos... qué más nos da la ropa que llevemos... ¡Pá lo que nos van a hacer! Éste (Señalando a PAULINO.) se pué poner tus pantalones y darte esos que lleva. Yo te dejaré mi chaqueta. Así ya si te descubren, no estarás de soldao, que es lo más comprometido... Y quizás te las puedas apañar...

OROZCO.— Gracias, camarada. (A los tres que fuman.) Ahí tenéis, encended otro. Ojo con las colillas, eh.

PAULINO.— Oye tú, no sería mejor guardarlos pá luego... Se nos van a acabar muy pronto y entonces nos quedamos sin ná... Qué ricos están. No son del estanco...

²⁷ como que se me hizo: 'se me figuró'.

PALMITO.— (Con risa nerviosa.) ¡Miá éste! ¡Pá luego! Pero ¿qué luego tiés tú, ni yo ni nadie? Valiente luego... Nos han quitao el luego... (Nerviosa.) ¡Ay qué risa! Venga, tú, el otro. (Lo enciende y chupa furiosamente.)

SEVERIO.— (Por lo bajo.) Déjale al chico... No se da cuenta...

LA MADRE.— Ay, hijo de mi alma. ¡Virgen mía!

OROZCO.— (A SEVERIO.) ¿Y usted, sí se da cuenta?

SEVERIO.— Yo sí. Aquí ande tú me ves, yo no era más que el carpintero del pueblo... pero le he tenío siempre mucha afición a la lectura... Cuando se murió el maestro la viuda me dio, en pago de unas chapuzas que me debía, tós los libros de su casa... Me los he ido leyendo poco a poco... Y siempre se aprende algo... Tó sirve, hasta los libros... Serán invenciones, yo no te lo niego, pero... ya ves tú ¿es que no parece esto, todo esto, lo que está pasando en el pueblo y en España, invención? ¿No parecemos nosotros, aquí en capilla²⁸, como quien dice... y tú que sales de entre esos santos, cosa de esas de las novelas? Pues es verdad... Tóa mi vida, ahí en mi trabajo, y de pronto, hace quince días parece que vivimos tós de invención.

OROZCO.— Es verdad... esos santos, aquí y nosotros, todo revuelto, parece un sueño...

SEVERIO.— Por eso, cuando se miran las cosas así, vamos, como si fueran historia... se ve todo con más calma, de otra manera... Yo me he leído casi todos los *Episodios Nacionales*. ¡Hay que ver lo que sabía aquel hombre²⁹! Tú los has leído...

OROZCO.— Sí.

SEVERIO.— ¿Verdad que había cosas ahí de éstas? ¡Consuela!

OROZCO.— ¿Y usted por qué está aquí?

SEVERIO.— ¡Pues ahí verás! Yo no me había metido con nadie, y en el pueblo nadie me quería mal. Los fascistas me dejaron en paz la primera semana, pero luego un día me mandan presentarme en la Comandancia. Voy y allí un jefe gordo de esos de Falange³⁰ me dice, así como te lo cuento: "Hay rojos que no se merecen ni siquiera que los fusilen. Tenemos que hacer un escarmiento. ¡Que mueran con vilipendio en la horca! Tú te encargas de levantarme una horca en la plaza en 24 horas. Sé que eres buen carpintero. Si no tienes oficiales ni aprendices que te ayuden yo te asignaré cuatro hombres, o los que hagan falta. Mañana a estas horas entregada, eh". ¡Y yo qué iba a hacer! Le pedí los soldados... Busqué el material y empezamos aquella no-

²⁸ (estar) en capilla: 'estar el reo desde que se le notifica la sentencia de muerte hasta la ejecución, en cualquier pieza de la cárcel dispuesta como capilla' (DRAE).

²⁹ Don Benito Pérez Galdós (1843-1920), autor de la obra mencionada.

³⁰ Falange (Española): 'Agupación fundada por José Antonio Primo de Rivera con un ideario basado en el fascismo italiano, el cual dio el tono político al levantamiento militar con que se inició la última guerra civil española' (Moliner).

che... A lo primero yo trabajaba como en cualquier faena, ná más que hacerlo bien, sin pensar. Después de tó... era un tablado... como el de la música. Pero allá a la madrugada nos echamos a dormir un rato. Ellos se durmieron como troncos... pero yo no podía pegar el ojo... Y es que empecé a ver claro, pá qué era tó aquello... Toavía no estaba alzado el palo y ya veía yo colgando a Desiderio, a Juan el del Majuelo, a don Facundo, el notario nuevo... a tós los que habían echado mano... el primer día... Y yo estaba clava que te clava, cepilla que te cepilla, pá luego... Vamos que no pude más... Me levanté muy paso, me fui a casa, cogí un hatillo, y me fui para el Pinar del Conde; en el camino unos de motocicleta me cogieron... No sé cómo lo llaman a eso... los jueces. Tú lo oíste.

OROZCO.— Sí, deserción del servicio civil ante el enemigo... ¡Qué canallas!

SEVERIO.— Y no fue ná de política, ni de ideas, sabes. Es que toda mi vida me la pasé sin hacer daño a nadie, y nadie me lo hizo a mí. Ya es muy tarde pá empezar... Vale más irse así, con las manos limpias... Aunque se vaya uno un poco antes... (Al acabar el relato, todos le están mirando con admiración.) Por lo menos se marcha uno en paz con su conciencia... ¡Que maten ellos!

LA MADRE.— Tío Severio, razón tenía lo que decía de usted mi difunto, que era usted el hombre más honrao del pueblo...

PALMITO.— ¡Es que casi me ha hecho usted llorar! Si hubiá muchos como usted no pasaría lo que pasa. ¡Unas ganas me dan de darle a usted un abrazo! Pero a lo mejor le hace usted de menos³¹ que le abrace una... una... vamos... una como yo! ¡Qué lástima no ser honrá muchas veces! (Cambiando de voz, en tono de reto.) ¿Y después de tó, qué? Yo soy lo que soy, y cá uno que se meta en lo suyo...

SEVERIO.— ¿Y qué es lo que eres?

PALMITO.— ¿Entoavía no se ha dado usted cuenta, amigo?

LA MADRE.— Cállate la boca, muchacha, cállate la boca.

PALMITO.— ¿Yo callarme? ¿Y por qué? Lo digo, y muy alto que lo digo pa que tós se enteren, hasta los santos esos de palo...

LA MADRE.— Muchacha, miá que estás ofendiendo a Dios.

PALMITO.— ¡Que se ofenda si quié! ¡Allá él! ¿Pá qué me dejó hacer lo que he hecho? No me importa que lo sepáis tós. Soy una mujer mala... (Nerviosamente.) Una mujer mala. ¿Y ahora se entera usted, agüelo?

PAULINO.— Pues no se nota mucho lo mala...

PALMITO.— Porque tú eres un panoli³² que no tié práztica del mundo. ¿Tú has estao alguna vez en Cadranque, en la capital?

³¹ hacer de menos: 'menospreciar' (DRAE).

³² panoli: 'dícese de la persona simple y sin voluntad' (DRAE).

PAULINO.— Yo no...

PALMITO.— Pues allí estaba yo... En la mejor casa... en la de una tía que le dicen madama Butenflai³³, no sé por qué. Pero de las mejores, eh, de las de cinco duros... Y dos veces me sacaron dos primos³⁴ de viaje. He estao en Bilbao y en Barcelona... Aquello sí que es vida... Bueno, eran unos primos pero mú buenas personas, si bien se mira. ¡Chico, a qué hoteles me llevaron y yo con mi sombrero y mis guantes, a tós laos, y el botones, y los camareros, que "señorita" por aquí, y "señorita" por allá. ¡Qué juerga! Y te abrían la puerta del taxi. ¡Y los ascensores!

SEVERIO.— ¿Eso qué es?

PALMITO.— Pues como unas cajas de hierro, sabe usted, atás a una cuerda que no se les ve por arriba. Y usted se mete allí, y tiran de la cuerda, por electricidá, y en ná de tiempo, zás en el tercero, en el cuarto, ande usted vaya. ¡Qué miedo daba la primera vez!

SEVERIO.— Ya caigo. Una cosa así me parece³⁵ que la pusieron una vez en la feria de Casalosa... Se pagaba...

PALMITO.— (Riéndose.) ¡Qué tié que ver agüelo! Si eso está dentro de las casas. ¡Qué vida aquélla! Y luego al volver a Cadranque, mil pesetas que me aflojó³⁶. Después de tó hay hombres que no paecen hombres.

LA MADRE.— ¡Pobre hijo mío! ¡Ay Virgen!

PAULINO.— ¡Qué tío, mil pesetas! ¿Y por qué no te estableciste por tu cuenta con el capitalito?

PALMITO.— ¡Miá tú éste! ¡Ahí está la mala pata! El muy tonto se lo dio al ama pá que me lo entregara... ¡Si sería pasmao³⁷! ¿Y sabes lo que la tía guarra de la Butenflai me puso en la mano? ¡Veinte duros! Lo demás dijo que era pá dumentaria y pá la caja de ahorros de la vejez. ¡La vejez! ¡Como si yo fuera a ser vieja! Calcúlate. Veintiséis que tengo y arriba esos perros, que nos van a despachar cuando les dé la gana...

LA MADRE.— ¡Ay Virgen! ¡Pobre hijo mío!

OROZCO.— (A Palmito.) ¿Y cómo te cogieron?

PALMITO.— ¿Que cómo me cogieron? Pues ná, que empezó el zafarrancho³⁸, se metieron en casa de la Butenflai fres o cuatro señorotes³⁹ gordos, di-

³³ Deformación del nombre de la protagonista de *Madame Butterfly*, la conocida ópera de Giacomo Puccini.

³⁴ *primos*: 'tontos, incautos' (DRAE).

³⁵ En CA, "paece".

³⁶ *aflojar*: 'entregar un dinero u otra cosa, frecuentemente contra su voluntad' (DRAE).

³⁷ *pasmado*: 'dícese de la persona alelada, absorta, o distraída' (DRAE).

³⁸ *zafarrancho*: 'riña, chamusquina' (DRAE). Aquí se refiere, evidentemente, a la guerra civil.

³⁹ En E, "señoretas". Sigo, en este caso, la lectura de CA, con el sufijo aumentativo, mas acorde con el adjetivo "gordos" (aquí, 'importantes').

ciendo que venía el comunismo, y que era el fin del mundo y que ellos iban a refugiarse allí. A mí me dio miedo, y como había el jaleo padre⁴⁰, me escapé la primera... Y me ajunté a los milicianos⁴¹...

SEVERIO.— ¿Pá qué?

PALMITO.— ¿Toma éste, pá qué iba a ser?

SEVERIO.— Hombre, podía ser para agarrar un fusil como han hecho muchas.

PALMITO.— ¿Yo un fusil? Vamos, anda. Yo me fui con ellos pá hacer con ellos lo mismo que hacía con los señoritos. Pero no por dinero, eh, ¿eso nó! Yo no tengo por qué matar a nadie, ¡ni siquiá a esos perros fascistas! Pá eso estáis vosotros, los hombres. A mí no me pide el cuerpo eso de tirar tiros, chico. Yo tengo mi oficio, vosotros el vuestro. ¡Cá cual lo suyo! ¿Yo qué iba a dar a la causa? Lo que tengo, el palmito. Porque desde que era una mocita, tós me decían "qué buen palmito tienes, chiquilla". Y así se me quedó de mote antes, en la mala vida. Y ahora los milicianos me dicen igual... La Palmito. Todavía me queda algo, ¿eh? Y víais⁴² qué bien me tratan... Aquello de adenantes⁴³, donde la Butenflai, era la cárcel... Pero esto de ahora. (Se queda de pronto callada.) Bueno esto de ahora... va a ser... (Se levanta súbitamente y a gritos.) Pero, ¿por qué, Virgen de la Paloma, por qué me van a fusilar a mí? Pero si yo no he hecho ná malo, si yo no he matao a nadie, si yo era tan feliz así de desgraciá⁴⁴... A ver, que me digan cuál es mi culpa, que me lo digan, que me lo digan...

PELONA.— (Se acerca.) Ten conformidad, cálmate.

PALMITO.— ¡Conformidad! Miá lo que trae ésta! Es que no he tenido bastante conformidad tóa mi vía... Que me lo digan, quiero que me digan por qué me matan... qué daño he hecho yo a nadie...

LA MADRE.— (Se acerca, se pone de pie.) ¿Quiés que te lo diga? Por lo mismo que me lo mataron. Por lo que lo mataron a mi Juan, a mi hijo...

PALMITO.— (Alza la vista.) ¿Su hijo?

LA MADRE.— Sí... no había otro... Como él no había otro. Era el mocetón más galán de toda la España. De guapo tóas las mozas le miraban de refilón, y a él se le subía la color, y les volvía la cara y no se les atrevía a decir ná. ¡Y

⁴⁰ *el jaleo padre*: 'un jaleo muy grande'.

⁴¹ *miliciano*: 'en la pasada guerra civil española, individuo de algún cuerpo de voluntarios no encuadrado en el ejército regular, de los formados en la zona del gobierno republicano' (Moliner).

⁴² En CA, "viás".

⁴³ *adenantes*: vulg. 'antes'. Tanto E como CA presentan la forma "adenates", que corrijo por considerarlo una mala lectura, ya que no hace sentido.

⁴⁴ La paradójica contradicción subraya el patetismo de esta parte final del parlamento, en concordancia con el gesto y el tono.

de bueno! El jornal entero, sin faltar un real, ¡que me lo ponía encima de la cómoda. tóas las semanas! Como su padre... y casi tan joven a los mismos años que él, que se me ha muerto... Muerto no, que me lo han matao...

SEVERIO.— ¿Y cómo se lo mataron a usted, señora?

LA MADRE.— (*Hablando como una sonámbula.*) A la tardecita era, y yo en la cocina, aviando las sopas pá la cena... Picando estaba el pimiento, y él sentao en el poyo de la casa a la puerta... echando una fumá... Y en esto que se oyen voces... y mucha bulla⁴⁵ y gritos, y mi niño que habla... ¡Él que no gritaba nunca! Hablaba tan quedo, tan despacio, que casi se le veían las palabras... Y aquel día gritó... Yo me lo dejo todo y me voy a la puerta. Unos hombres, seis o siete, con camisas negras⁴⁶ y pistolas todos. “A juntarte ahora mismo con nosotros. Hay que defender la patria...” Y mi niño, tan sereno, tan limpio, tan tranquilo, no les dijo más que esto: “Yo no me meto en nada. Yo soy hombre de paz...” Y, entonces, estos ojos míos lo vieron, estos ojos, y lo están viendo ahora, y lo verán mañana, y ya no verán nada más mientras estén abiertos... estos ojos míos. (*Se queda parada con la mirada en el aire. Pausa.*)

PALMITO.— ¿Entonces, qué?

LA MADRE.— Pos que uno, el que tenía más agudo el grito... se echó un poco atrás y le dijo a mi niño. “Paz, ¿tú quieres la paz? Pues toma paz, y paz, y paz.” Y cada vez que lo decía un tiro, y otro, y otro... Él cayó al primero... Cayó del lao que yo estaba, y la mirada como me dijo adiós... que se despidió. Suerte que cayó de ese lado, que le vi los ojos... Y yo me tiré encima de ellos, aún tenía el cuchillo de la cocina en la mano... como una loba. Dios me quitó la razón...

SEVERIO.— ¿Y mató usted a alguno?

LA MADRE.— No, hijo mío, no. Me lo quitaron en seguida... Y me dieron toda de golpes... y... aquí estoy...

PELONA.— (*Se le acerca y con ademán cariñoso la hace sentarse otra vez.*) Récele usted a Dios. Él se lo tiene.

LA MADRE.— ¿Rezar? ¿Es que he hecho más que eso, desde su fin? Esos santos (*Señalando a las imágenes.*) lo ~~cab~~ben. Me tienen que haber oído. Siempre me decía mi madre que lo que se le reza a un santo de una iglesia lo oyen tós los santos de tóas las iglesias del mundo, hasta de las Américas. ¡Ojalá! (*Pausa.*)

PALMITO.— ¿Y por qué dijo usted que a mí me iban a matar por lo mismo que a él?

⁴⁵ *bullá*: ‘gritería y ruido que hacen una o más personas’ (DRAE).

⁴⁶ *camisas negras*: los falangistas llevaban camisa azul, mientras que la camisa negra pertenecía al uniforme del Fascio italiano. Sin duda, el autor ha querido poner de relieve el carácter fascista de quienes intervinieron en la situación que se está narrando.

LA MADRE.— Sí, por lo mismo...

PALMITO.— Pero ¿por qué?

LA MADRE.— Por nada, hija... me lo mataron por nada... a ti te matarán por nada... a todos nos matan por nada... por cosas que hablan, muy de prisa, y no se les entiende... Por nada.

PALMITO.— Pué que tenga usted razón... Es que hay personas que nacen pá matar y otras pá que las maten... Será así la ley...

OROZCO.— No, eso no es ley, es lo contrario, es la injusticia, es la tiranía, es...

LA MADRE.— Cállate, cállate. Todo eso, habladurías. Aire que echas por la boca... Tenme más respeto... (*Pausa.*) Ay, mi hijo, palma de Jerusalén. Iirio derecho⁴⁷... No había otro... Como él no había otro...

PALMITO.— (*Como hablando para sí, pero alto.*) Todos los hombres son iguales...

LA MADRE.— No había otro...

PALMITO.— Lo mismito tós... tós quieren lo mismo... y se acercan a una con los mismos pasos, y van a lo suyo, a lo suyo...

LA MADRE.— No había otro...

PALMITO.— Tós unos... Como los gatos y los perros... con el mismo andar... despacito, y los ojos echándoles lumbre... Como las bestias... de iguales... ¿Qué más da tener un gato que otro? Yo tonta de capirote, les preguntaba cómo se llamaban. Los más me echaban mentiras... No importa... tós se llaman igual... Por eso se la olvidan a una los nombres, porque no son de veras...

LA MADRE.— Como él no había otro...

PALMITO.— (*Iracunda.*) Vamos, señora, ¿se quíe callar ya la monserga⁴⁸? ¡Que no había, que no había otro! ¿Y qué hubía hecho él, que en paz descansase, si me ve a mí con la bata rosa escotá, y...?

LA MADRE.— (*Levantándose hacia ella.*) Calla, calla, mala mujer, calla.

PALMITO.— Tós lo mismo... Ya tendría su apaño... como tós...

LA MADRE.— (*Sin mirar a PALMITO y serena.*) ¡Como tós! Nunca puso en mujer nacida de madre una mala mirada... Ni en eso le cabía la malicia... Tan limpio y entero estaba como cuando me nació... (*Volviéndose a PALMITO y cambiando a voz dura.*) ¿Lo oyes, pécora? No había otro, no había otro... y si tú lo hubieras conocido, con una vez nada más que le hubieras mirado no estarías echando ese rejalgar⁴⁹ por la boca, y sabrías como yo que no había otro...

⁴⁷ *palma... derecho*: expresiones de marcado tono bíblico; pero, si se trata de una cita literal, no he conseguido localizarla.

⁴⁸ *monserga*: ‘exposición, pretensión o petición fastidiosa’ (Moliner).

⁴⁹ *rejalgar*: ‘mineral de color rojo... es una combinación muy venenosa de arsenico y azulfre’ (DRAE). Aquí, en sentido figurado, ‘veneno’.

PALMITO.— ¿Y usted qué sabe? Usted ha conocido tantos como yo. Usted los ha visto pasar, a tós, como la moneda, que viene y se va, y ninguna tiene gana de quedarse con una... porque son iguales... Una vez... una vez ná más... vi yo una moneda nueva. ¡Qué limpia, cómo relucía! No era pá gastarla como las demás...

LA MADRE.— Así el mío, así. Como un duro nuevo, que no lo ha tocado nadie... que parece que no sirve para comprar, de hermoso que es... No había otro...

PALMITO.— *(Se acerca a ella.)* Madre, yo no quío hacerla a usted daño... Perdóneme si le he faltao... Pué que no hubiera otro...

LA MADRE.— *(Se acerca a ella y la abraza.)* Ven, hija, ven. ¿Ya te he convencido, verdad? Ahora ya crees que no había otro... Así voy a hacer con todos, me iré por el mundo, hablándoles uno a uno, a todos, hasta que todos crean la verdad, que no había otro... *(PALMITO se echa en el suelo a sus pies y apoya la cabeza en las rodillas de ANGUSTIAS. PALMITO se queda adormecida y ANGUSTIAS cierra los ojos. SEVERIO y PAULINO, sentados en el suelo, apoyados en la pared en el otro lado de la escena, fuman como abstraídos. OROZCO hace una seña a PELONA para que se acerque. PELONA se levanta y se le aproxima.)*

PELONA.— ¿Qué quiere usted?

OROZCO.— ¿Por qué me llamas de usted?

PELONA.— ¿Y cómo voy a llamarle?

OROZCO.— Ahora todos somos camaradas... De tú...

PELONA.— Me falta la costumbre. *(Pausa.)*

OROZCO.— ¿Tú conoces a los santos? *(Señalando a las imágenes.)*

PELONA.— *(Sorprendida.)* ¿Que si los conozco?

OROZCO.— Sí, sí, tú sabes qué santos son. Ven. *(Se acercan a las imágenes y se paran delante.)*

PELONA.— ¡Cómo no voy a saberlo! Nuestra Señora de la Soledad, Santa María Magdalena, el Venerable San José.

OROZCO.— *(Interrumpiéndola.)* Y éste es San Francisco. ¿verdad? Pero ¿cuál de ellos?

PELONA.— San Francisco de Asís...

OROZCO.— Pelona, tú sabes mucho de santos... Tú sabes más que ninguno de éstos... *(Mirando a los otros.)* Tú no eres de ellos...

PELONA.— ¿Que no soy de quién?

OROZCO.— Del pueblo... camarada...

PELONA.— Yo soy de todos...

OROZCO.— Tú nos estás engañando... Nos mientes...

PELONA.— ¿Por qué dices eso? Yo he venido aquí con ellos... condenada como ellos... a morir como ellos...

OROZCO.— Sí, eso es lo raro... Te voy a hacer una pregunta, sí, si me prometes no mentir...

PELONA.— Dios nos manda no mentir... Es el quinto...

OROZCO.— Tú eres monja, ¿verdad?

PELONA.— *(Inclina la cabeza.)* Soy una sierva del Señor.

OROZCO.— ¿Y no eres de izquierdas, verdad?

PELONA.— No sé qué es eso...

OROZCO.— ¿Entonces por qué estás aquí, con ellos, con nosotros?

PELONA.— Me han traído...

OROZCO.— No mientas...

PELONA.— Callar no es mentir...

OROZCO.— Ocultar la verdad... es mentir... Habla...

PELONA.— Mi comunidad se desbandó y yo me fui a vivir a casa de unos parientes del sacristán. Me tuvieron más de un mes. Me trataron como no se puede mejor... ¡Dios se los pagará! Cuando los nacionales⁵⁰ tomaron la ciudad se llevaron presos a los dos hermanos mayores. Decían que eran rojos... Las hermanas huyeron y nos quedamos solas la madre, muy anciana, y yo que iba todos los días a llevarles la comida a la cárcel. ¿Qué menos podía hacer por ellos? Y un día se presentan en casa unos señores militares, y me llevan presa. A lo que ellos decían, los chicos se habían escapado y a mí me echaban la culpa de haberles ayudado. Ésta es la verdad...

OROZCO.— ¿Y tú no fuiste?

PELONA.— No, no me lo pidieron, pero si me dicen algo... No lo hice... pero lo hubiera hecho... Por eso será de justicia la condena...

OROZCO.— ¿Y tú no dijiste que eras religiosa?

PELONA.— Sí, creyeron que era un embuste para que me echaran menos pena.

OROZCO.— Pero tú puedes probarlo, llamar por testigos a tu superiora, a tus compañeras...

PELONA.— ¿Para qué?

OROZCO.— Para salvar tu vida...

PELONA.— ¡Salvar mi vida! ¡Y quién soy yo para querer salvar mi vida! Si tiene que salvarse ya se salvará... *(Mirando a los demás.)* Ellos no quisieron salvar su vida... lo primero...

OROZCO.— Eso es fatalismo... Aún puedes hacer un último esfuerzo...

PELONA.— Más esfuerzo es conformarse a morir... Ya lo tengo hecho... Tú decías que yo no era de ellos... Es verdad, no era de ellos, pero ya lo soy, ya

⁵⁰ nacionales: En la última guerra civil española, llamábase así a las tropas y a los partidarios del levantamiento militar.

estoy con vosotros. Todos padecemos la misma injusticia, entre todos nos la repartimos... Si yo me salvo ellos tocarán a más porque hay una menos para sufrirla.

OROZCO.— Es un sacrificio absurdo...

PELONA.— ¿Y tú, no te quedaste con los santos? ¿Por qué no te has escapado antes que llegaran los nacionales?

OROZCO.— Eso es otra cosa... es deber militar... es...

PELONA.— ¿Tú no ves que si yo me salvara, si a mí me perdonaran, encima de la pena tendrían, pobrecillos, la envidia? Morirían envidiosos, envidiándome a mí, odiándome. Así moriremos queriéndonos, todos. Compadecidos los unos de los otros. Los que no se sintieron hermanos en vida (*Orozco baja la cabeza. Pausa.*) aún pueden morir como hermanos. Tú, sí puedes salvarte. Haz lo que te dijo Severio... (*A SEVERIO.*) Vamos a arreglar a este muchacho... Pueden venir por nosotros... Usted le da su chaquetón... (*SEVERIO lo hace.*) Qúitate la guerrera... La esconderemos aquí, entre los trastos... A ver cómo te está... (*Se la prueba.*) Puede pasar... Ah, y las botas, por esas botas de militar... te conocen en seguida... (*En este momento se oye un ruido de motor de camión y luego, de pisadas y armas, para dar la impresión de que llegan los soldados.*)

PALMITO.— (*Se despierta bruscamente, a gritos.*) Ya están ahí, ya están ahí. Los he visto venir por el sueño...

LA MADRE.— (*Se pone en pie, hierática.*) ¡Hijo de mi alma!

PELONA.— (*A Orozco, empujándole.*) Escóndete, pronto, ahí detrás. (*Le señala el montón.*)

SEVERIO.— ¡Buena suerte, muchacho!

PALMITO.— Pero ¿por qué me van a matar a mí? ¿Yo qué he hecho, yo qué he hecho? No hay justicia, no hay justicia en la tierra, maldita sea, maldita...

PELONA.— Cállate, ¿no ves que te oyen los santos?

PALMITO.— (*Volviéndose iracunda a ellos, con el puño amenazando.*) ¡Los santos! ¡Qué santos ni qué niño muerto⁵¹! ¡Tanto santo y tanto santo! ¡Qué me van a oír los santos! Los hombres son los que quiero que me oigan. ¿No habrá hombres que me oigan, tantos, tantos como conocí? Hombres, hombres... que me libren de esos ladrones, que me salven la vida... la vida⁵²... (*Ante lo que empieza a suceder se calla, estupefacta. Se oye ruido de la llave que se abre. Los santos se animan y con movimientos sencillos y lentos, se despojan de sus vestiduras y atributos que van dejando en el montón, y parecen vestidos no exactamente como los personajes pero sí de un modo*

⁵¹ ni qué niño muerto!: 'expr. fig. y fam. de desprecio de lo que dice' (DRAE).

⁵² Las continuas repeticiones confieren una gran fuerza expresiva a este parlamento.

semejante. Sin mirar a nadie, echan a andar, uno tras otro hacia la escalera. Se abre la puerta.)

VOZ DE CENTINELA.— ¡A ver, arriba todos! Pronto, y que no se me quede atrás ninguno. (*Los santos suben ligeros pero sin precipitación. Al pasar por delante del centinela, éste les va dando un empujón. Cuando han salido todos, se queda la puerta abierta. Los presos se apelonan formando un grupo en el lado exterior derecho de la escena. ANGUSTIAS sostiene a PALMITO. PELONA ha caído de rodillas. Los dos hombres, apoyadas las manos en la pared y con aire de asombro y espanto, miran como todos con ojos clavados a la puerta.*)

PELONA.— ¡Rezad, hermanos, vamos a rezar por ellos!

SEVERIO.— Pero... ¿por quién?

PELONA.— Por ellos... (*En esto suena una descarga, luego otra.*)

PALMITO.— (*Se suelta de ANGUSTIAS.*) Pero ¿que... que... que han matao a los santos?

PAULINO.— ¿No habrá sío a nosotros?

SEVERIO.— ¡Más invención, cada vez más invención!

LA MADRE.— (*Se adelanta y dice con cara de gozo y voz clara y sonante.*) ¡Hijo mío de mi alma! (*Se queda en el centro de la escena, como la clave, inmóvil, mirando al cielo.*)

PELONA.— (*De rodillas.*) Padre nuestro que estás en los cielos...

TELÓN

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RI